Un tema del Museo Arqueológico de Barcelona

Asclepios, el Dios de la Medicina

Por NURIA BALAUDER GARCIA
(Ayudante becaria del Instituto "Menéndez Pelayo")

El hombre griego, dueto de aliento "olímpico", audaz en su actitud y en su pensamiento, era, no obstante, presa de una diosa tétrica y adversa: la Enfermedad. Tremendo poder el suyo, nadie estaba fuera de su alcance, ni los mismos héroes podían rehuirla.

Pero de la noche misma de la enfermedad sacaron los griegos el rayo esperanzador, un dios sanador.

Los griegos eran piadosos con sus dioses, les invocaban a diario y especialmente en los momentos decisivos de la vida. Como prueba de su devoción les erigían estatuas en plazas, calles y encrucijadas, aparte de las que existían en sus templos. Los dioses lo llenaban todo, y los griegos los veían tan tangibles en la retina de su fe, que los representaban bellos y humanos, en piedra, barro, madera y mármol. Esta buena disposición interior hacía que los dioses griegos amaran a los hombres griegos.

Por eso, ante el misterio incomprensible de la enfermedad, los griegos miraron hacia adentro, y en el interior de su fe sencilla y popular, llena de ingenuidad y temblores, encontraron su esperanza y su consuelo, que se lo hizo un dios que venía hacia ellos lleno de bondad: su nombre era Asclepios. Luego, los hombres racionalistas le crearon un destino de ecos humanos, como veréis.

Y este nuevo dios comenzó a recorrer la oikoumene, la tierra habitada, ansioso de enfermos a que consolar y sanar, porque los dioses griegos necesitaban el culto de los hombres. Todo el Mediterráneo anduvo, se entregó a todos y con todos se quedó, poblando sus templos y estatuas las orillas de este mar. Y así, el dios sanador, en su benéfico peregrinar llegó a nosotros, a los que para los griegos vivíamos entre las sombras del atardecer. Se quedó entre nosotros, consoló a nuestros antepasados y, cuando no creyeron en él, se dejó cubrir por la tierra, para continuar con nosotros en este bello rincón de nuestra costa que es Ampurias. Hasta que los hombres curiosos del siglo XX, con sus excavaciones, lo sacaron de nuevo a la luz y, admirados de su belleza, lo trajeron al Museo, para que todos podamos comprender cuán amado debió ser de todos los mortales, por su bondad.

El dios de la salud, Asclepios, Esculapio entre los romanos, vive ahora, pues, en la sala XVI del Museo Arqueológico; está colocado en el centro de ella, presidiendo todos los hallazgos de Ampurias. La belleza de la escultura atrae al punto la atención; en esta figura de tamaño excepcional, observamos que es mayor que el natural, advertimos una perfecta armonía de proporciones y movimientos.

Nuestro Asclepios de Ampurias es realmente una magnífica interpretación del dios protector de enfermos y médicos. Tiene el cuerpo erguido, en posición de avance, el torso perfecto de un hombre en la plenitud de su vigor desnudo. Debe dar ánimos y esperanza, el buen dios, al pobre mortal que, roídas las fuerzas y el vigor por la enfermedad, acude a él. Es el dios aquí representado una imagen a la que se peregrina, ruega y ora, pero a la que, además, se *mira*, y por ello debe actuar mágicamente, dando confianza con su presencia y trascendiendo lo que el pobre enfermo no tiene: vigor, plenitud de vida; los griegos eran buenos psicólogos. Su bello rostro, de rasgos suaves y compasivos, enmarcado por los rizos de melena y barba, establece una co-

rriente de simpatía con sus fieles, que ha de preparar el estado de sugestión propicio a la cura milagrosa. El manto está tratado con singular maestría, por la técnica de los "paños mojados", que nos permite apreciar con todo detalle la flexión de la pierna derecha.

La estatua está esculpida en mármol ateniense del Pentélico, en dos piezas, muy bien disimulada su unión por el reborde saliente del manto. Se encontró el busto cubierto de tierra dentro de una cisterna, no lejos del pedestal que debió ocupar, y a pocos metros de distancia, el resto de la escultura y fragmentos muy deteriorados de un cayado y una serpiente que acompañaría a la imagen. No conocemos el nombre del autor de la escultura, pero es muy probable su relación con el círculo del escultor Briaxis.

Entremos en la personalidad de este dios sanador y veamos el lugar que ocupa en la vida griega para merecer una estatua de tal categoría en una colonia.

Para los griegos, eminentemente racionalistas y amantes del orden y la belleza, la *curación* era el restablecimiento de la armonía en la naturaleza. El relato mitológico del origen de Asclepios nos explica la razón de su poder sobre la enfermedad.

Por Hesiodo y Píndaro sabemos de la personalidad del dios sanador. Ellos nos cuentan que era hijo del dios de la armonía, Apolo, y de Coronis. La madre murió al darle a luz, y entonces Apolo lo entregó al sabio centauro Quirón, para que lo educase. El niño creció en los bosques de la región de Epidauro, amamantado por una cabra y guardado por un perro, bajo la vigilancia del centauro. Al ir creciendo, Quirón le instruyó en las virtudes curativas de las plantas silvestres; estos conocimientos, unidos al poder procedente de su divino padre, hicieron de Asclepios un diestrísimo sanador. Su fama de "salvador" se extendió rápidamente por la región y llegó a otras tierras. Como médico acompañó a Jasón en la expedición para conquistar el Vellocino de Oro, y salvó a numerosos argonautas. Era tal el número de mortales sanados e incluso resucitados por Asclepios, que Zeus, temiendo por la suerte de los infiernos, debido a las pocas muertes que ocurrían, lo derribó con un rayo, llevándoselo al Olimpo.

Deificado después de su muerte, el hijo de Apolo continuaba la obra paterna, ejerciendo su acción bienhechora en los santuarios a él dedicados. El bello mundo heleno repelía la fea enfermedad; concediendo el preciado don de la salud a Asclepios restablecía en lo posible la armonía en el mundo.

Pero Asclepios, para mejor comprender el triste vivir humano y ayudar más a los mortales, trajo al mundo varios hijos, que frecuentemente se le asociaban en el culto: Macaón y Podaliros, médicos célebres citados ya por Homero en la "Ilíada"; pero, sobre todo, sus dos hijas: Higieia y Panacea, que se representaban como bellas muchachas en el esplendor de la juventud, y significaban la Salud y el Remedio para alcanzarla.

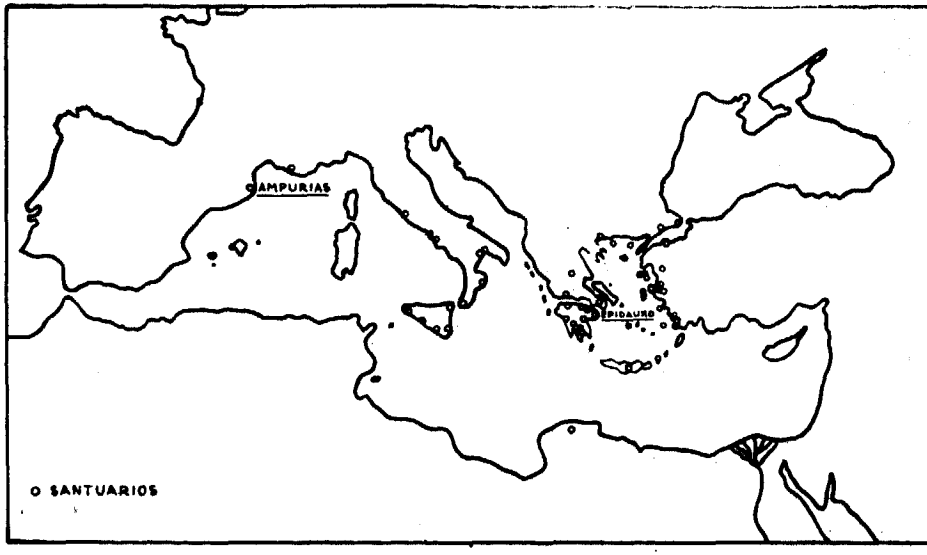
La *estatuaria griega* presentaba siempre al dios de la salud como un hombre maduro, con barba y expresión bondadosa, casi siempre de pie y con el manto recogido, dejando el torso al desnudo, como pronto siempre a actuar en favor de sus fieles. Asclepios es la única divinidad pagana con una vida realmente ejemplar, y los artistas intentaban plasmar esta bondad de sentimientos en el rostro de sus esculturas. Acompañan al dios, como atributos de su poder y ciencia: un bastón, símbolo de mando; una serpiente, animal sagrado, símbolo de la renovación del poder vital, por lo que no podía faltar en ningún santuario de Asclepios, enroscada normalmente al bastón; unas tablillas o rollo de papiro, signo de la ciencia médica, y a veces, un perro, recuerdo de su compañero de infancia en los montes de Epidauro.

Incansable sanador, quiso estar en donde fuera que los hombres se afanasen, y así, los *santuarios* dedicados a Asclepios fueron numerosísimos. Tenemos atestiguados en terreno griego, entendiendo como tal la Magna Grecia, cerca de 200 templos, y a éstos habría que añadir los de las otras colonias griegas esparcidas por el occidente del Mediterráneo. Las monedas de las ciudades griegas que llevan grabada la imagen del

MUSEO ARQUEOLOGICO DE BARCELONA: Estatua de Asclepios (Ampurias).

dios sanador atestiguan también la extensión de su culto y nos dan además una clara idea de estatuas perdidas para nosotros existentes en algunos de sus más famosos santuarios.

El santuario más antiguo se cree que fue el de Tricca, en Tesalia, pero el más famoso en la Grecia continental fue el de Epidauro, centro de expansión del culto de Asclepios por todo el Mediterráneo, pues al fundar un nuevo templo se pedía a Epidauro la serpiente sagrada, compañera del dios. Atenas, Pérgamo, Sicione, Naupacto, Cirene, Roma y Cos figuran entre los más renombrados. En Roma se introdujo el culto por mandato de los Libros Sibilinos, después de una peste que asoló la ciudad en 293 a. de C. Se le erigió el templo en la islita que tiene el Tíber en su desembocadura, ya que, según cuentan, al pasar junto a dicha isla la nave que conducía la serpiente sagrada, el animal se deslizó hasta tierra firme, significando con aquello que aquél era el lugar adecuado para el nuevo dios. Del santuario de Cos fue asclepiade, o sacerdote, Hipócrates, símbolo de la ciencia médica en todos los tiempos, y del tesoro de experiencia acumulada durante siglos en los archivos del santuario sacaría gran parte de sus conocimientos.



Extensión del culto a Asclepios por el Mediterráneo.

Pero el misterio de las *curaciones* milagrosas del buen dios sanador tenía sus *factores positivos*, fruto de una sagaz experiencia válida hasta hoy:

1.° En los santuarios de Asclepios se cuidaba con gran esmero la *situación*. Se hallaban siempre en lugares elevados, abiertos a aires puros, con mucho sol y buenos manantiales o agua abundante en las cercanías.

2.° Los *métodos terapéuticos empleados eran*: régimen alimenticio, baños, masajes, ejercicio al aire libre e infusiones de hierbas salutíferas, en las que tan rica es la flora mediterránea. En estos centros de culto a Asclepios se desarrollaba el conocimiento del valor curativo de las "hierbas bienhechoras", que utilizan en la "Ilíada" los excelentes médicos Macaón y Podaliros; entonces surge la Farmacopea, y éstos tem-

plos son sus difusores a través del Mediterráneo. Aún hoy día nosotros, herederos de Grecia, seguimos utilizando algunos de estos eficaces remedios naturales en las infusiones que nos preparan de vez en cuando nuestras madres y más aún nuestras abuelas, herencia milenaria ofrecida seguramente a nuestros antepasados por los asclepiades de Ampurias, dedicados al culto y misión del dios sanador.

3.° Factor muy importante también en las curaciones era la confianza o *fe en la divinidad*, aportación personal del paciente, que era estimulada en gran manera por la práctica de la *incubación*, primera parte del rito de la curación, que consistía en un sueño a que debía someterse el paciente, en el curso del cual recibía alguna indicación de la divinidad sobre su dolencia, indicación que, interpretada por los sacerdotes, servía para aplicar el remedio adecuado. A veces en estos sueños la divinidad se aproximaba más a sus fieles y les hablaba dándoles directamente alguna solución para sus males. Según Galeno, a veces Asclepios ordenaba a sus enfermos componer odas para reparar la ametría de las emociones de su alma. No cabe duda que estas palabras del dios, apoyadas por la fe de los que las escuchaban en su sueño, tuvieron un verdadero valor psicoterápico.

La saludable situación, los métodos terapéuticos empleados por los sacerdotes-médicos de Asclepios y además la autosugestión o fe de los fieles, explican el gran número de curaciones obtenidas, de las que tenemos numerosos testimonios, que dieron fama universal a estos santuarios; podemos afirmar que los santuarios de Asclepios equivalían a estupendos sanatorios, en los que se practicaba la medicina natural.

Aparte del rito de la *incubación* que hemos descrito, tenían gran importancia como manifestaciones del *culto*, por una parte, las abluciones, y por otra, las ofrendas y sacrificios.

Las *abluciones*, con su doble significado de purificación externa e interna, eran numerosísimas. La limpieza externa era completamente necesaria en lugares donde se reunían grandes masas de enfermos, a fin de evitar el contagio en lo posible. Sin embargo, algunas veces, a pesar de estas medidas, terribles epidemias asolaron a los fieles reunidos en un santuario; se explicaban estas desgracias colectivas como un justo castigo de la divinidad, a causa de la impureza de sus devotos. De esta pureza interior que se exigía a los fieles para entrar en el recinto sagrado del dios nos dan clara idea estos dos versos esculpidos en el pórtico de entrada al Hierón de Epidauro:

Es preciso ser puro cuando se entra en el templo perfumado por el incienso,
y la pureza consiste en no poseer más que sentimientos piadosos.

Las *ofrendas y sacrificios* constituían la parte material más importante del culto, y podían ser propiciatorios o de acción de gracias, según se ofrecieran antes de la curación, al momento de pedir el favor a la divinidad o después de obtenida ésta. Las ofrendas consistían en dinero, alimentos, principalmente panes y pasteles, tablillas con la descripción de la curación y reproducciones de la parte del cuerpo sanada—costumbre conservada en los exvotos cristianos—. Como sacrificios, se le ofrecían principalmente gallos, el animal que le estaba consagrado. Las ofrendas en alimentos y los animales sacrificados eran consumidos por los sacerdotes del dios y sus ayudantes.

Pero estas mismas riquezas acumuladas por las ofrendas de los fieles sanados atrajeron sobre los santuarios más famosos, al empezar su decadencia, las incursiones de rapiña de piratas y soldados.

Para honrar a Asclepios se celebraban en Epidauro fiestas cada cinco años, llamadas Asclepiadeas, que tenían lugar siete días después de las Istmicas. Consistían estas fiestas sagradas en competiciones gimnásticas y dramáticas.

Saludemos, para terminar, al dios sanador en su patria, y para ello hagamos una excursión con la mente hasta su lejano santuario de Epidauro, intentando reavivar su existencia de los días de esplendor. Este santuario, el más famoso en tierra griega,

nos es bastante conocido a través de las citas de autores antiguos, pero nuestro conocimiento directo y detallado de todo el recinto lo debemos a las magníficas excavaciones realizadas en aquel lugar por la Sociedad Arqueológica Griega, que han puesto al descubierto un vasto y variado conjunto de construcciones.

El momento de máximo esplendor del santuario fue el siglo IV a. de C., pero continuó gozando aún de gran prestigio en época romana. El Cristianismo influyó de forma lenta y segura en su decadencia, ocurrida hacia el siglo IV d. de C. Fue, no obstante, el culto que más tiempo resistió el empuje de la nueva doctrina que llegaba de Oriente, y es comprensible, pues su divinidad era la que menos alejada estaba de las normas morales cristianas. El Buen Pastor no podía desahuciar sin más al compasivo dios-sanador.

El completo conjunto que nos ofrecen las excavaciones de Epidauro nos permite hacernos una idea del carácter cosmopolita que tenían los grandes santuarios de Asclepios.

En el recinto sagrado de Epidauro, llamado Hierón, existían los siguientes edificios importantes:

En primer lugar, el templo de la divinidad, de estilo dórico, obra de Zeodotos, construído en piedra calcárea y mármol del Pentélico, a principios del s. IV. La estatua criselefantina de Asclepios era obra de Trasimenes de Paros; aunque no tenemos de ella ningún ejemplar ni resto, podemos hacernos una idea a través de una moneda de Epidauro acuñada bajo Marco Aurelio, en la que se le ve sentado, con un cetro y una copa en su mano, y junto a él, una serpiente.

No lejos del templo, y en su parte posterior, se levanta un tholos, o edificio circular, con columnas de estilo corintio y dórico, cuyo destino aún no se ha podido precisar, obra de Policleto el Joven.

Junto al templo de la divinidad había una línea de pórticos, llamada Enkoimeterion, donde se acostaban los enfermos para la *incubación*.

En la ladera NO. del monte Kinortion se halla el famoso teatro citado por Pausanias como "la maravilla de Epidauro". Es el teatro mejor conservado de la Antigüedad y obra también de Policleto el Joven. Estaba orientado de tal forma que los espectadores, al mediodía, tenían el sol a la espalda; goza de una acústica perfecta y tiene un aforo de 14.000 espectadores. Desde el teatro se goza de una maravillosa vista de conjunto de todo el recinto.

Las instalaciones deportivas estaban magníficamente representadas por una Palestra, un Gimnasio y un Estadio.

Hay restos de pequeños templos dedicados a otras divinidades.

Las cisternas y baños están también representados con magníficos ejemplares.

Y, finalmente, al recinto sagrado se penetraba por los Propileos, una doble columnata en donde terminaba el camino procedente de la ciudad de Epidauro y empezaba la Vía Sagrada.

Después de conocer el variado conjunto arquitectónico del Hierón de Epidauro no parecerá exagerada nuestra comparación de estos centros de culto a Asclepios, por su estupendo emplazamiento y su perfecta organización, con las modernas estaciones termales.

ENCICLICA "MATER ET MAGISTRA"
EDICIONES DE REVISTA «ENSEÑANZA MEDIA» Pesetas 15